

XXXI

Después de esta ejecución, Amurat IV, cuyas tiendas estaban ya plantadas en Scutari en medio de doscientos mil hombres, partió para la Persia.

El terror de Constantinopla pasó con él al ejército; su sangrienta disciplina sembraba el camino con cadáveres de toda graduación. La más leve falta se castigaba de muerte. Los verdugos entraban antes que él en las ciudades para acabar con los restos de las antiguas revueltas, perdonados por Khosrew ó el gran visir. Amurat hacia traer á su presencia á los jefes de ciudades ó de tribus, y sus dos dedos de la mano derecha, levantados ó cerrados, indicaban á los ejecutores la señal de vida ó muerte de los sospechosos. Fuera de las puertas de la ciudad se exponían los cadáveres de los ajusticiados para que sirvieran de lección á las tropas.

Los delitos y crímenes eran iguales ante el nivel del sable. En la pradera de las Trompetas, Gurdji-Othman, jefe de una caballería numerosa, ofrecida al sultan, fué ejecutado por la parte que tuvo en la

muerte de Othman II; un tschaush feudatario Djewherizade, por haber fumado un poco de tabaco; en Cesaréa, el juez de la ciudad por un ligero descuido en la provision de los víveres.

La fuerza corpórea y la brutal energía del sultan, hacían pensar en sus antepasados á los turcomanos de la Caramania, testigos de su marcha á través de su valle natal. En Deli-Kara-Hissar, un macho cabrío montés, de tamaño colosal se lanzó contra los caballos que tiraban del carro de viaje, y Amurat saltó de él sobre un caballo, y derribó de un golpe de maza al animal. — « El brazo de Dios está contigo, » gritó el ejército admirando la proeza del sultan.

Encontrando un poco más allá á Mustafá-bajá, el gigante del ejército, lo sacó de la silla á brazo partido, y lo tuvo un momento en suspenso con su mano de hierro, como si fuera un juguete.

El gran visir Mohammed-bajá le salió al encuentro en Sinorowa y lo precedió á Erzerun. Su entrada en esta capital fronteriza recordaba las marchas de Alejandro ó de Timur. Trescientos mil hombres, de caballería y de infantería, estaban formados á los dos bordes del camino hasta la puerta de la ciudad en el espacio de seis leguas. Al día siguiente recibió con mucho aparato los presentes de todos los jefes del ejército, de todos los bajás, y de todos los tributarios

que luchaban á porfía por sobrepujarse en adhesión y prodigalidad respecto de hombres, armas, esclavos, caballos y oro amonedado.

Algunas marchas condujeron esta multitud hasta los muros de Erivan, primera fortaleza de los persas. Una nube de polvo levantada por millares de hombres y de caballos, y sostenida por un viento tempestuoso, ocultaba las murallas de Erivan. La artillería de la ciudad rompió la nube, y las balas cayeron á los piés del caballo de Amurat.

«¿Qué temeis?» dijo á sus visires; «¿puede un hombre morir ántes del día marcado por el destino?» Palabra banal de Napoleon á sus soldados, de César á sus remeros, y de todos los fatalistas.

Dispuso sus tropas y las arengó jefe por jefe: «Tú,» dijo á Ahmed-bajá, gobernador de Erzerun, «nada vale que hayas hecho prisionero al rebelde Elías, y forzado á Fakhreddin en sus cavernas del Líbano, ¡este es el día de que pruebes lo que eres!

«Tú, hijo de Djanbulad, de aquel á quien llaman con justicia corazón de bronce, haz ver hoy que tu alma es del metal de la de tu padre, á fin de que acabes de merecer ser visir.

«Tú, Murteza, cuida de que la jóven caballería que mandas no retroceda una pulgada en el campo de batalla. Hoy es el día de desplegar todo el valor y

«el talento que reconocen en tí los enemigos y los amigos.

«Tú, aga de mis genízaros, escúchame bien; las sentencias en la capital, los castigos infligidos á los borrachos y los fumadores de tabaco no son hazañas de héroe; ¡este es el momento y el lugar! ¡muestra tu valor! Yo tambien quiero mostrar el mio, y ver en medio de la pelea como hacen pelear mis agas á los genízaros.

«Y vosotros, lobos míos,» decia á los soldados, «no os desbandeis, no os canséis de herir, ni de matar, ni de cortar cabezas, y de recoger balas para devolvérselas á los persas; desplegad vuestras alas, afilad vuestras uñas, halcones míos y águilas mías! y traedme vuestra presa; ¡aquí tengo montones de oro para pagar las cabezas que pongais á mis piés!»

Los pajes, dicen los testigos de estas arengas y de estos combates, rodeaban al sultan, llevando sorbetes azucarados para refrescar á los que traian cabezas; los cirujanos estaban en pié preparados á curar las heridas.

Ocho dias en las trincheras agotaron el valor, los víveres y las municiones de Erivan. El alma de Schah-Abbas habia desaparecido de la Persia. Gobernábala su nieto Sam-Schah, hijo de aquel mirza que Abbas habia sacrificado á sus sospechas, y á quien al

morir, este padre, acosado de remordimientos, había querido restituir el trono á despecho de los grandes.

Sam-Schah, todavía adolescente no se había, distinguido hasta entónces mas que por el asesinato de su sultana favorita, la de su madre, y de los visires que censuraban sus vicios. Sus generales temian el vencer tanto como el ser vencidos, no sabiendo si la victoria comprometia ménos su vida que la derrota. Lo que no era servilismo era desaliento y traicion en el reino. El khan Ermirguno, antiguo mirza y favorito militar de Abbas el Grande, se avergonzaba de servir á tan indigno señor. Meditaba el abandonarlo y el buscarse una fortuna independiente. Hizo bastante por el honor de las armas, pero no para la salvacion de la Persia. Al octavo dia se presentó para tratar de su defección, despues de haber dado y recibido rehenes en el campamento de Amurat. Los generales que lo acompañaban, llevaban sus sables colgados al cuello. Amurat le puso tres caftanes de honor.

— «¿Porqué, se esconde tu rey como una mujer, cuando hace tres lunas que recorro sus tierras en su busca?»

— «Mi padischah,» respondió Emirguno, «es porque vuestra espada tiene el filo de la muerte, y vuestro corcel es de raza noble.» Emirguno, recompensado recibió el título de bajá y el gobierno de

Alepo en pago de sus adulaciones y su defeccion. El ejército persa que salia de Erivan bajo la fé de una capitulacion y de una amnistía, fué derrotado pocos dias despues por los bajás de Damasco y de Carmania.

La alegría de esta victoria alentó á Amurat para cometer el crimen que no había osado llevar á cabo contra los hijos de su padre. Dos de sus favoritos, portadores de firmanes secretos, partieron para Constantinopla con orden de extrangular á los dos príncipes Bayezid y Suleiman. El horror de este crimen se mezcló en Constantinopla con las fiestas de la victoria, y consternó al pueblo. Estas víctimas eran la esperanza de un reinado mas blando.

XXXII

El valor de Amurat parecia que igualaba su crueldad. Se metió el primero en el río Araxes para cruzarlo, y su caballo, casi arrebatado por la corriente, llegó á la orilla opuesta merced á unos soldados, que sostuvieron nadando la cabeza del animal fuera del agua. Él mismo derribó á hachazos las

puertas de Djewres, construidas con madera tan dura y resistente que el ariete no les habia hecho mella. Tauris indefensa se entregó y fué convertida en un monton de cenizas.

Amurat volvió á invernar á Constantinopla, impaciente de presentarse en triunfo ante sus vasallos. Este triunfo no fué mas que una série de suplicios. La sangre ahogaba diariamente el murmullo suscitado por tanta crueldad. El intérprete del embajador de Francia fué ajusticiado por haber sostenido las pretensiones de su patria contra el Austria, en favor de la proteccion exclusiva de los Santos Lugares. El patriarca griego fué sacado de su iglesia y martirizado en el castillo de las Siete-Torres por tener correspondencia con los rusos, y haber descubierto las intrigas de los jesuitas, favorecidos por la España y la Francia. Un partidario de estos, llamado Carfila, compró por cincuenta mil piastras la dignidad de patriarca.

El caimakan Beiram fué nombrado gran visir en recompensa de la muerte de los dos príncipes estrangulados en el serrallo. Amurat no se contentaba con servidores, queria cómplices. Antes de volver á Persia, sacrificó para su seguridad á su séptimo hermano, el jóven Kazim, culpable de haber inspirado esperanzas de un porvenir mejor para el pueblo, y

solo dejó la vida al último hijo de su padre, fragil vástago de la dinastía.

Así dejó tranquila la ciudad, y se incorporó en el ejército numeroso que acampaba en Scutari, el 27 de febrero de 1638. Su traje era el de un guerrero árabe de los tiempos fabulosos, anteriores á Mahomet. Su caballo iba cubierto con una armadura de hierro; él llevaba un casco de acero bruñido, rodeado de un schall encarnado en forma de turbante, cuyas puntas le caian sobre los hombros.

Un mes despues avanzó el ejército en diez marchas hasta Bagdad. Parecia que todo el imperio seguia armado á su sultan. Sus verdugos ensangrentaron las etapas del ejército como en su primera campaña. La inocencia no estaba á cubierto del capricho del sultan. En Nicomedia lo alcanzó un correo que venia desde Constantinopla para anunciarle que su esclava favorita acababa de dar á luz una robusta criatura. El correo que ignoraba su sexo, dijo temerariamente que era un niño, y desmentido esto por otra carta, fué empalado por su yerro.

En Synada, cuyo mármol con vetas encarnadas pasaba por haber sido teñido con la sangre de Atys, mandó matar al juez de la ciudad. En Akschyr, patria del fabulista Nasireddin, escribió versos en la pared de un claustro, al borde de una fuente, cuyo

murmullo inspiraba al Esopo de los turcomanos. En Igun. hizo desollar vivo á un dervis que pasaba por invulnerable y que habia levantado anteriormente una faccion en aquellas montañas. « No te apresures, » dijo el martir al verdugo, que trataba de abreviar sus sufrimientos.

Habiendo salido por la noche en Koniah, disfrazado, segun su costumbre, para saber si reinaba el órden en el campamento, reconoció en Khosrew, jefe de policia, á un antiguo portador de odres del faccioso visir Redjeb. El sultan no habia visto su cara desde las sediciones que acontecieron en su infancia. Su recuerdo despertó su venganza, y lanzó involuntariamente una mirada mortal á Khosrew. Este la percibió y confió su terror á un paje, hijo del emir Fakhreddin, con quien conversaba en aquel momento. Con efecto, momentos despues recibió la órden de presentarse en la tienda del jefe de los *chiaux*. Dirigióse á ella, llevando armas debajo de su vestido. Los *chiaux* de guardia lo recibieron sin devolverle el saludo; síntoma funesto que le confirmó su presagio mortal. En el momento en que el aga mandaba matarlo, lo tendió en el suelo de una puñalada, rasgó el lienzo de la tienda de un sablazo, y se perdió entre las sombras de la noche.

El emir de los drusos, sucesor de Fakhreddin, fué

decapitado al inclinarse para besar los piés del padischah. En Alepo, el gobernador de Kara-Hissar, que habia robado al silihdar un griego célebre por su belleza, expió con la vida su rivalidad con un favorito del sultan. En Nizibe, habiendo acusado maliciosamente este mismo silihdar al famoso médico de Amurat, Emir-Tchelebi, de preparar el ópio para sus enfermos y de usar él mismo de este narcótico para exaltar su imaginacion, el sultan le pidió de repente que le enseñara la caja de píldoras que llevaba oculta bajo su vestido.

« ¿Qué es eso? » le preguntó señalándole con el dedo la cajita.

— « Una preparacion inocente del opio, » contestó Tchelebi.

— « ¡Bueno! pues si es inocente, tómala en mi presencia, » repuso Amurat. Emir-Tchelebi tragó algunas píldoras, diciendo al sultan que lo que era inocente, y aun útil en pequeñas dosis, se convertia en veneno mortal tomado en gran cantidad.

El cruel tirano ordenó á su médico que se tomara todas las píldoras y para impedir que neutralizara la accion del veneno le propuso una partida de ajedrez y observó con feroz atencion los progresos del tósigo en el rostro y la inteligencia de su víctima. A la tercera partida, Emir-Tchelebi se aletargó y fué retirada.

do espirante. Sus criados le propusieron en vano medicamentos propios para volverlo á la vida: « No, » les dijo; « con tal señor y con enemigos como el si-
« lihdar mas vale morir que estar amenazado de
« muerte todos los dias. »

Hizo que le trajeran un helado que anticipara su fin, y al punto espiró.

En Biredjik el sultan atravesó el Eufrates en puentes de barcas, é hizo seguir el ejército por una flotilla de ochocientas barcas que llevaban los víveres y los cañones para el sitio. Allí mandó machacar los piés y las manos á los árabes que fumaban tabaco.

En Djulab, el gran visir Beiram murió del dolor que le causó verse obligado á obedecer á tal señor, deplorando el haber sido á pesar suyo instrumento de tantos crímenes. Taiar, bajá de Mosul, fué llamado al campamento para sucederle; los favoritos temian á un gran visir con una autoridad tan preponderante en el ánimo del sultan, y querian reinar bajo un hombre nuevo y tímido.

En Mosul, un embajador indio trajo á Amurat los presentes de su príncipe y lo felicitó en su nombre. Entre los regalos se admiraba un cinturón de pedrería que tenia un valor de cincuenta mil ducados de oro, y un escudo que se suponía impenetrable, compuesto de orejas de elefantes y cuero de rinoceronte.

Para probar su fuerza y la armadura, descargó sobre él su hacha de armas y lo dividió en dos. En seguida se lo devolvió con desprecio al soberano de las Indias.

A los ciento noventa y siete dias de la salida de Constantinopla, el ejército apercibió las noventa y siete torres de uno de los lados de Bagdad y las murallas de cinco leguas de circunferencia que rodean la ciudad de los Kalifas. Plantóse la tienda de Amurat en frente del gran Iman, tumba sagrada construida sobre una colina, á orillas del Tigris. El polvo que se levantó al dia siguiente de las trincheras abiertas por trescientos mil hombres oscureció el cielo. Cada visir y cada bajá recibió orden de atacar una de las puertas ó fuertes de la ciudad sitiada. El amor de la gloria ó el afán de la recompensa redoblaba el ardor de las tropas. El schah de Persia, Sam-Schah, se acercaba para socorrer la ciudad. El primer choque fué terrible para los turcos. Amurat reprendió al gran visir por la lentitud con que llenaba los fosos y daba el asalto general.

« ¡Pluguiera al cielo, » le respondió Taiar-Bajá, « que te fuese tan posible tomar á Bagdad como á mí el morir por servirte! »

Dió la orden de asalto para el dia siguiente. Trescientos mil hombres, preparándose para vencer ó morir, interrumpieron el silencio de la noche con el

sordo murmullo de sus oraciones. Al romper el alba, el grito de ¡ *Alá Kerim!* ; Dios es grande! fué la señal del escalamiento. El ejército subió como la marea desde las trincheras á las murallas.

El gran visir, con la muerte delante de él en las murallas, y detrás en la tienda de Amurat, combatía con el sable en la mano en la mas ancha de las brechas, cuando una bala le atravesó la cabeza desde la frente á la nuca, y cayó sin vida en brazos de sus soldados. Colocóse su cádaver al borde del foso para que siguiera presidiendo despues de muerto la batalla que él habia empeñado.

« El ave de su alma, » dice el historiador turco Naima, traducido por Hammer, « voló de su jaula terrestre á los bosquecillos de rosas del paraiso: « ¡ habia sido feliz en la vida, mártir en la muerte, « felicidad suprema cuando conquista el paraiso! »

« ¡ Ah! Taiar, » exclamó el sultan al saber la muerte del gran visir, « tu vida era mas preciosa « para mí que cien torres como las de Bagdad! »

Volviéndose luego hácia el capitán-bajá Mustafá, y entregándole el sello del imperio y el mando del asalto:

« Vamos, » le dijo, « mústrate digno de mi confianza, y sacríficame tu alma; tú me darás á Bagdad. »

Suspensio un momento el entusiasmo del ejército con la muerte de Taiar, se lanzó con nuevo ímpetu al grito unánime de la fatalidad: « ¡ Quién conoce el « día de su muerte! »

Antes que se hubiese disipado el humo de las fortificaciones por el viento, las doscientas torres de Bagdad, destrozadas por el cañon de los turcos, fueron evacuadas por los persas, que habian vuelto á bajar á la ciudad.

Una honrosa capitulacion fué firmada entre el khan que la mandaba y el sultan. « Que cada uno se « retire de la ciudad cuando quiera, » dijo Amurat al recibir las llaves en una fuente de oro. Pero los soldados, animados por la venganza de tantos muertos, padres ó amigos, no ratificaron esta generosidad del padischah. Bajo el pretexto de que los persas habian vuelto á pelear dentro la plaza, degollaron, pillaron y quemaron, hasta que se hizo de dia, á los habitantes y á los prisioneros. Sordos á la voz de los visires y de los bajás, no escuchaban las órdenes reiteradas del sultan.

La lucha estaba tan empeñada que para saber Amurat lo que pasaba dentro de la ciudad tuvo que hacer montar á caballo á un paje tártaro para enviarlo á riesgo de su vida en medio del tumulto. El jóven le refirió de vuelta que los persas reunidos en confuso

tropel en la torre y hácia la puerta de *las Tinieblas*, se defendían como desesperados, y que el silihdar y muchos bajás habian sido muertos ó heridos. El sultan envió cañones de grueso calibre fundidos en Biredjik; la torre y la puerta de *las Tinieblas* se desplomaron con sus tiros.

Treinta mil persas, restos de los ochenta mil que componían la guarnicion de Bagdad, escaparon por aquella puerta, pasaron el rio, se diseminaron, los unos por los cañaverales de la Diala, los otros por entre los peñascos de Scherban, en donde perecieron bajo el sable de los egipcios que siguieron sus huellas. El castillo, que contenía el arsenal de Bagdad, se hundió por la explosion de las pólvoras. Ochocientos búfalos del ejército, que pacían en el glasis, sembraron con sus miembros mutilados los tejados y las calles.

Amurat se figuró una traicion en aquel accidente. Mandó bajo pena de la vida á todos los habitantes de Bagdad que dieran muerte al persa que tuvieran alojado en su casa. Él mismo, colocado en un trono á la márgen del Tigris, hizo traer á su presencia á mil persas, descubiertos en la ciudad, acompañados cada uno de ellos por un tschausch que habia de ser su verdugo.

A una señal del sultan, rodaron sus cabezas por

el suelo. Otros cuarenta mil persas inmolados por el fanatismo, el ódio de la raza y el amor de la venganza, obstruyeron el camino de Amurat á su partida de Bagdad. Allí dejó una guarnicion turca de diez mil hombres al mandó de Hassan el pequeño, aga de los genízaros. Ninguna batalla costó jamás á los persas tanta sangre como la capitulacion vergonzosa de Bagdad. ¡Cuesta ménos sangre el valor á las naciones, que la cobardía.

Al partir de Bagdad dirigió Amurat por despedida un desafío injurioso al schah de los persas: « Si eres hombre, preséntate, » le decía, « no conviene que los que ocupan un trono se oculten detrás de las murallas; el que teme al caballo no debe montar; aquel á quien deslumbra el acero no debe ceñir el sable; lo que está escrito de toda eternidad acaba siempre por cumplirse. »

XXXIII

La vuelta de Amurat á Constantinopla recordó la entrada de Mahoma II en esta capital. Llevaba á los otomanos las llaves de la ciudad de la segunda ciudad santa, baluarte de la fé y del imperio, despues

de haber satisfecho su venganza y halagado su orgullo. Su madre, la sultana Kœsem, que lo habia acompañado como su genio familiar en toda la campaña, lo precedia en su carruaje con celosías, cuyas ruedas eran de plata, seguido de otros once carruajes que conducian todo su haren. Los visires y los ulemas, montados en caballos de parada, precedian y seguian á la sultana. Amurat, rodeado de cincuenta khanes de Persia encadenados, iba vestido con una armadura persa y sobre los hombros llevaba una piel de leopardo, tal como se representa á Alejandro despues de la conquista de Babilonia, la Bagdad de la antigüedad.

No solo habia triunfado, sino que traia la paz, firmada en el camino por el gran visir Mustafá. La Puerta en este discreto tratado habia devuelto á Eriuan en cambio de la renuncia de la Persia á sus derechos sobre Bagdad. El caimakan Mohammed, que habia gobernado con tanta probidad y fortuna la capital durante la ausencia del sultan, recibió por recompensa la muerte. Sirvió de pretexto á su suplicio la destitucion de Matias Bessaraba, vayvode de Valaquia.

XXXIV

La gloria y la paz volvieron á Amurat IV á los vicios que habian deshonrado su juventud ántes de la época heróica y breve de su vida. El persa Emirguno habia sucedido en su favor á Abaza. Los refinamientos de lujo y de sensualidad del palacio de Emirguno atraian á menudo á Amurat. Los deleites depravados, y la embriaguez frecuente enervaron en pocos meses la fuerza que no habian podido extinguir las fatigas de dos campañas. Una languidéz mortal se apoderó de él á los treinta y un años. En los accesos de su última fiebre, mandó extrangular á su hermano Ibrahim, preservado por la sultana Kœsem, que era su abuela. Esta hizo responder á su hijo que la orden habia sido ejecutada, pero Amurat quiso ver el cadáver.

Eludida con diversos pretextos la obediencia á esta orden del moribundo, que queria hacer bajar con él al sepulcro al que debia sucederle, Amurat se levantó para ir él mismo á cerciorarse de la muerte de su hermano. Sus fuerzas lo abandonaron ántes que su

crueldad, y cayó desvanecido en los brazos de su silihdar. Sus últimas palabras fueron el voto impotente de un crimen : y murió creyéndolo cumplido.

XXXV

Si no hubiese sido un tirano, hubiera sido un grande hombre. Fué á la vez héroe y verdugo. Sus crueldades fueron provocadas por los desórdenes de los genízaros y de los spahis, que habian oprimido su infancia, deshonorado y ensangrentado el imperio. La desgracia de la dominacion de la soldadesca es lo que suscita un tirano para el exterminio de mil tiranos.

Su fisonomía habia contraído al fin de su vida la ferocidad de su reinado. Los poetas persas contemporáneos lo pintan como un luchador antiguo, de piernas cortas, cuerpo recio, miembros unidos por articulaciones colosales. « Su cabellera, » dicen, « y su « barba eran negras y espesas, sus cejas sombreaban « siniestramente sus ojos, focos movibles de una llama errante ; dos arrugas entre sus dos ojos parecía

« que encerraban pensamientos siempre tendidos, « como la cuerda del arco de donde va á partir la « flecha de muerte ; millares de cabezas rodaban por « el polvo á su voz ; su robusto brazo lanzaba las fle- « chas á la distancia que lanza un fusil la bala ; el « djerid (palo flexible) arrojado por su mano pene- « traba dos dedos en las tablas ; sus placeres eran sa- « vajes y crueles como su carácter ; le gustaba cazar « con treinta mil batidores que traian junto á su ca- « ballo los ciervos, los gamos y los jabalies.

« De la misma manera que al acercarse la tempe- « tad callan las aves y se ocultan entre el ramage, « así se producía el silencio ante su terrible aspecto. « La necesidad de espresarse por signos en su pre- « sencia, añaden los historiadores otomanos, descri- « biendo un síntoma mas de tiranía, elevó á la per- « feccion el lenguaje de los mudos. Un movimiento « de ojos ó de labios, el rechinar de los dientes y el « chasquido de los dedos habian reemplazado al len- « guaje ; todo era reficencia en las impresiones y en « los sentimientos, por miedo de que saliera del pe- « cho el secreto del horror. »

El Viejo de la Montaña no era servido con mas prontitud y abnegacion. Un dia que se dejó caer un papel desde un balcon del serrallo, y que sus pajes se precipitaban á porfía por las escaleras para dispu-

tar la hoja al viento, uno de ellos, para llegar el primero, saltó al patio y se rompió una pierna, pero trajo el papel; y este zelo que desafiaba á la muerte le valió el subir á las mas altas dignidades del imperio.

Su severidad, al principio justa y política, habia degenerado en frenesí. Unas mujeres que halló bailando y cantando en la pradera de las *Aguas dulces* en un dia de melancolía, fueron ahogadas para castigarlas porque estaban alegres cuando el sultan estaba triste. El hijo de uno de sus bajás, que apercibió casualmente desde las ventanas de uno de sus kioscos pasando á caballo cerca de las paredes del serrallo, murió de una flecha que él mismo le disparó. Una barca cargada de mujeres, que cruzaba por delante de los jardines, fué echada á pique á cañonazos por culpa de los remeros que la conducian; su músico predilecto fué extrangulado por cantar música persa.

Otro músico, aunque persa, el famoso Schahkuli, igualmente condenado á muerte en Bagdad, logró comparecer á la presencia de Amurat ántes del suplicio. « No vengo á implorar por mi vida, » le dijo á Amurat, « te imploro por el arte que va á morir conmigo. » Recorriendo en seguida con mano desesperada las fibras de un instrumento de seis cuerdas,

le arrancó primero acentos fúnebres que inspiraban compasion, luego un canto elegiaco sobre la conquista y la destruccion de Bagdad, su patria, y por último un cántico de libertad y alegría que elevaba el alma del mismo tirano hasta el deleite de la virtud. Amurat no tuvo valor para ahogar aquella voz y aquel talento músico, perdonó al cantor y lo llevó consigo á Constantinopla para que lo recreara en sus horas de insomnio.

Uno de sus contemporáneos italianos, que residia en Constantinopla, asegura que Amurat leia asiduamente á Maquiavelo, para perfeccionarse en la teoría del despotismo. Su axioma favorito: « La venganza encanece pero no envejece, » era una inspiracion espontánea, anterior á las máximas del hombre de estado florentino. Se nace tirano; no se forma su naturaleza, se la obedece. Amurat IV no necesitaba de maestro para odiar y vengarse: su reinado fué una venganza continuada; su política se hallaba encerrada en su resentimiento.

XXXVI

El lujo del imperio igualó la ostentacion persa de los emperadores griegos del Bajo Imperio. Sus caba-llerizas, con pesebres de plata maciza y cadenas del mismo metal, podian contener nuevecientos caba-llos. Cada uno de estos animales de caza, carrera ó guerra, tenia su historia y su genealogía; debian su nobleza á su raza. Ochocientos caballos de carga lle-vaban los equipajes del emperador cuando iba á la guerra ó á Andrinópolis. Cinco mil camellos estaban siempre dispuestos para el transporte de los equipajes de su córte. Seiscientos llevaban dinero para el ejér-cito. Ochocientas mulas servian para los esclavos y la conduccion de las tiendas. Cada paje del serrallo tenia treinta caballos de sangre ó de guerra para su uso.

Los reyes de Persia de los tiempos heróicos no des-lumbraban el Asia con un ejército mas numeroso de servidores, de cortesanos y de músicos. Los sabios del imperio presentian la decadencia al ver aquella suntuosidad; el mismo Amurat permitia que se ata-cara el lujo de todas las clases excepto el suyo. Un hombre de estado, filósofo de su divan, Gurdjali,

el Montesquieu del Oriente, escribia en su presen-cia, y le dedicaba un libro que ha pasado á la poste-ridad acerca de la decadencia de los otomanos. Los consejos que da al sultan en este libro se concretan en general á estimular la vuelta á las costumbres an-tiguas, y á presentar como su suprema sabiduría los antiguos vicios de las instituciones turcomanas. Po-cos hombres se hallan bastante exentos de las preo-cupaciones de su patria para salvar los reducidos lí-mites de su tiempo y de su raza.

Los dos únicos consejos útiles que Gurdjali dió á Amurat en su tratado de la decadencia, y que el sul-tan adoptó, fueron la necesidad de reformar la inde-pendencia excesiva de los bajás en la administracion de sus provincias, el aumento de las tropas perma-nentes pagadas y disciplinadas, que subieron bajo su reinado á doscientos mil hombres, y la creacion de cuerpos de preferencia, escogidos entre los genizaros para servir de tipo y ejemplo al ejército. Estas dos instituciones de Amurat IV neutralizaron los efectos de la decadencia; pero esta restauracion violenta de la autoridad del sultan por el terror y no por la vir-tud fué cimentada con sangre.

El sable y el cordon fueron los únicos nervios del Estado. ¡Desgraciados de los pueblos que sufren la tiranía!